

Capítulo VI

Jerónimo y la condesa

EN cuanto Jerónimo Ruiz hubo despachado el asunto que le hizo ir á la ciudad y regresó á la casa de Cardona, solicitó inmediatamente permiso para hablar á la condesa de Peralta, que en el acto lo recibió, preguntándole desde luego:

—¿Podréis decirme, Jerónimo Ruiz, qué es lo que hay de cierto en los rumores que corren referentes á graves sucesos ocurridos en la casa de los Ponce de León?

Jerónimo Ruiz fingió que aquella pregunta le contrariaba y respondió con galante y sentido acento:

—Me lo temía, condesa, pero por más que he querido apresurarme á venir antes que esos rumores llegasen á vuestros oídos, la fatalidad consiguió estorbar mis propósitos, y hé aquí como me encuentro en una bien difícil y comprometedorá situación.

—Confieso que no entiendo ni una sola palabra,—observó la condesa.

—Tal vez tenéis razón,—replicó Jerónimo,—comprendo que no me entendáis, porque la verdad es que yo mismo no sé lo que digo, ni acierto á explicarme.

¡Es tan grave lo que tengo que deciros!

—Explicaos, Jerónimo, pero antes comenzaré por suplicaros que no veáis en cuanto voy á deciros la más leve intención de apesadumbraros.

—Quizás vuestra noble hija la bella Catalina os ha dicho...

—Nada me ha dicho; no la he visto siquiera, y me extraña, porque la servidumbre me ha enterado de que Catalina estuvo no há mucho en casa, y no comprendo por qué no subió como de costumbre á saludarme antes de volver á salir.

—Creo saber el motivo de esa conducta que se os hace extraña,—repuso Jerónimo.

Su situación no es menos difícil que la mía.

Ella como yo también, no sabe cómo presentarse á vos después de lo que ha pasado.

—Por piedad, Jerónimo, hablad sin reservas ni misterios: me estáis alarmando sin motivo tal vez.

Sin duda ha mediado entre vos y mi hija una de tantas riñas, frecuentes entre enamorados.

Mis sirvientes me han dicho que les pareció que uno y otro estabais disgustados.

—Lo temía, repito, y, pues algo sabéis de todo lo que ocurre, paso sin más preámbulos á explicaros lo sucedido.

Vuestra hija, señora condesa, ha resuelto dar por terminantemente concluidas nuestras relaciones.

La condesa sonrió con aire de piedad al escuchar la grave y dolorosa entonación que Jerónimo Ruiz dió á sus palabras.

—¿No os lo había dicho?—añadió,—riña de enamorados: es decir, me habéis asustado sin motivo.

—Os engañáis, condesa, este rompimiento no tiene el carácter ligero que queréis darle bondadosamente.

Vuestra hija está firmemente resuelta á no volver atrás en su determinación y á mí como caballero me correspondo acatar.

Vengo, por lo tanto, á ponerme á vuestras órdenes para lo que á bien tengáis mandarme para España, á la cual regresaré por la primera nave que para nuestra patria haga rumbo.

—Jerónimo, ¿habláis con formalidad?—preguntó la condesa poniéndose seria.

—Condesa, ¿me hacéis el disfavor de suponer que yo haya podido perderos el respeto que merecís, hablándoos sin formalidad?

No, condesa.

Bien habéis visto que he procurado no molestaros ni en lo más mínimo, enterándoos del mal viento que siempre han corrido mis pretensiones amorosas.

Fijaos bien en que no digo mis amores, porque entre Catalina y yo nada ha existido jamás que ese nombre pudiese merecer.

Mortificado lo confieso, ni un solo instante he logrado atraerme las amorosas simpatías de vuestra hija.

Yo, el galante y experto conquistador, como en la corte se me llamaba, he quedado vencido y derrotado por la antipatía con que Catalina me ha visto.

No la culpo por ello.

La verdad es que no existe en la corte dama de tantos méritos y cualidades como vuestra hija: por lo tanto, si allí pudo creerse que algo valía yo, yo mismo confieso que aquí nada valgo para merecer la ventura de ser por Catalina amado.

—Noto,—observó la condesa,—que vuestro acento respira cierto epigramático despecho.

—Condesa, podéis creer que mi intención no puede ser el ofenderos en lo que más sin duda amáis en vuestra vida.

—Lo creo, Jerónimo, lo creo: os considero incapaz de crueldad semejante.

—Me hacéis justicia, condesa, pues me consideráis lo que en efecto soy: un caballero.

Pero á la vez soy hombre, y amante mal pagado; y de mi natural debilidad nace ese despecho que me reprocháis y yo no niego.

No nace, sin embargo, ese despecho, de mi vanidad herida.

No es esta cuestión de vanidad, sino de corazón.

¿A qué negároslo, condesa?

Mal que pese á mi despecho, amaba, amo todavía, por mejor decir, á Catalina.

Es realmente una adorable doncella, capaz de enloquecer á cualquier hombre.

Su natural sencillez, su virginal candor, el absoluto desconocimiento en que se halla de los recursos de la cortesana galantería, me sedujeron y encantaron, y me hicieron comprender el amor bajo nueva fase que sin duda es la del amor verdadero.

La hostil reserva con que me trató desde los primeros instantes en que nos conocimos, me acreditó su buen

juicio, y me incitó á luchar con mayor empeño por conquistar aquella seductora alma que yo suponía virgen de todo amor.

La condesa dejó de sonreír con agrado, su fisonomía púsose grave y seria y con cierta impaciencia, preguntó:

—¿Acaso no habíais supuesto bien?

—Condesa, conozco que os desagrado, pero á cualquiera costa que sea, debo ser franco con vos para justificar la determinación que he tomado y ya os dí á conocer.

Después de haber sido admitido á la intimidad de vuestro trato; después de haber vivido larga época en vuestra casa, en la cual me recibisteis y tratasteis más que como á pariente, como á un hijo, necesito para mantenerme en vuestra buena opinión, y para no dar pábulo á la murmuración, deciros sin rodeos ni ambages los motivos que tengo para obrar como obro: vos condesa, sabréis si debemos ó no hacer públicos esos motivos.

Catalina no me corresponde, no porque yo no merezca ese favor, cosa que nada tendría de extraño, pues no me considero ni perfecto ni irresistible, Catalina no me corresponde porque ama á otro hombre.

—¡Jerónimo!—exclamó la condesa poniéndose en pie.

—Os suplico que no os violentéis, os ruego que permanezcáis sentada, condesa; digo la verdad y procuraré ser breve.

La condesa obedeció la indicación.

Jerónimo Ruiz, prosiguió así.

—Catalina ama á otro hombre; no me cabe duda en esto.

Lo sospeché desde los primeros días en que la conocí.

No necesité tratarla muchos más para convencerme.

Así se lo dije, pero Catalina negó con tanta insistencia, explicó con tanta destreza el sentimiento que yo había creído amor, que me hizo dudar y me avergoncé de haberle descubierto mi sospecha.

Pero no es el amor pasión que fácilmente se esconde y disfraza.

Catalina no pudo esconder ni disfrazar el suyo, y el convencimiento volvió á mí, inspirándome los más violentos celos.

Enloquecido por éstos, provoqué un día, para mi mal memorable, una explicación, y mi convencimiento llegó al extremo de la evidencia.

Supe entonces que Catalina, no sólo amaba, sino que era amada.

—¿Por quién?—preguntó con indignación la condesa.

—Permitidme continuar y á su tiempo os diré su nombre, que ha de causaros un disgusto cruel.

No, nada me preguntéis; oidme en calma por piedad.

En el paroxismo de los celos, hubiese querido buscar á mi afortunado rival, provocarle á un duelo y darle muerte rápida, como la que el rayo produce.

Pero juzgué que si tal hubiera hecho no por eso habría conquistado más que un nuevo título para su aborrecimiento.

Busqué, pues, un nuevo terreno de combate.

Quise atraer á mi rival á una lucha de competencia en méritos.

Busqué, inquirí, y ¡oh! ¡cruel desengaño! mi rival era un hombre miserablemente despreciable.

La condesa no pudo escuchar con calma aquella salida, y descompuesto el semblante, exclamó:

—¡Jerónimo Ruiz, ved lo que decís!

—Digo, señora, que el hombre al cual vuestra hija ama, se llama Alvar Ponce de León.

—¡Jesucristo! — exclamó la condesa dejándose caer anonadada en su sitio.

—Comprendo, condesa, lo atroz del golpe que acabáis de recibir, y creedlo, porque por la memoria de mi madre os lo juro, siento con todo mi corazón haber sido yo quien ese golpe os haya dado.

Pero disculpadme, porque ese mismo dolor llevo yo en mi alma, y como vos habría querido que la muerte me sobreviniera de repente, mejor que haber hecho descubrimiento semejante.

Y no es que yo estime á ese Ponce de León falto de prendas para conquistar á una mujer.

Por el contrario véole adornado de muchas de que yo carezco, de muchas que le envidio.

Su título nobiliario es una gloria de España.

Pero cualesquiera que sus méritos personales puedan ser, la hija de Nuño López de Cardona no puede, si no es demente, amar á uno de los cobardes asesinos de su padre.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — repitió la condesa vertiendo amargas lágrimas y ocultando su rostro entre sus manos.

Capítulo VII

Os amo

JERÓNIMO Ruiz guardó un instante de silencio dando tiempo á la condesa para serenarse.

—Valor, —le dijo, —valor, señora; aquí no hay nada perdido sino es para mí.

Catalina os ama con infinita y filial ternura, y una sola palabra vuestra bastará para hacerla olvidar su demencia con la cual, puedo jurároslo, nada ha perjudicado á su honor.

Enterada de lo que pasa, podéis llamarla á vos, podéis pronunciar esa palabra de cariño, y Catalina, estoy seguro de ello, olvidará su devaneo y será para vos tierna, amante y cariñosa hija, como lo ha sido siempre, como en estos mismos instantes lo es.

Sólo para mí no hay esperanza de recobrar el bien perdido.

Catalina que ayer me vió con indiferencia, con desprecio, hoy me detesta y aborrece.

Sobrado motivo le he dado para ello, lo confieso, pero ¿quién puede poner freno á la locura de un celoso?

Y yo lo estuve hasta el mayor grado, hasta el más inverosímil grado.

Porque en odio á mi rival nada perdoné para seguirle mal y perjuicio, sin notar que daño semejante ó mayor todavía, podía seguir á vos, la mejor, la más santa, la más sufrida, la más maltratada de las mujeres.

—Qué queréis decir!—preguntó la condesa herida por aquella especie de compasión.

—Quiero decir, señora,—continuó imperturbable Jerónimo Ruiz,—que nunca había querido dar asenso ni importancia á las voces de la maledicencia que aseguraban que Nuño López de Cardona había correspondido siempre mal á vuestro afecto, y no creyendo que existiera peligro en averiguar la participación que los Ponce tuvieron en la muerte de vuestro esposo, rasgué el velo que la cubría y...

—¿Y qué?—preguntó la condesa con mortal ansiedad.

—Que si Dios no lo remedia, y yo no sé cómo podrá remediarlo, para nadie será dentro de poco un misterio la escandalosa y punible ingratitud con que Nuño correspondió siempre al amor de su esposa.

—¡Oh!—replicó la condesa haciendo á un lado su pesar para abrir paso á su dignidad ofendida;—es indispensable que Dios remedie este contratiempo, ¿lo oís, Jerónimo Ruiz?

—Señora....

—Es indispensable, lo repito, lo oís?

Vos, Jerónimo Ruiz, que ese velo habéis levantado estáis en el deber de extenderle de nuevo.

No quiero que esas averiguaciones prosigan, si necesi-

táis comprar el silencio de cuantos hayan en este desventurado asunto intervenido, toda mi fortuna está á vuestra disposición; derrochadla si es preciso, y si la mía no basta, tomad también la de mi hija; antes que todo es indispensable salvar el honor de sus padres, librarlos del ridículo.

Si lo conseguís, yo me comprometo á hacer brillar con nuevo esplendor el astro de vuestros amores.

Catalina será vuestra esposa.

—¡Ah condesa!—repitió Jerónimo con fingido transporte;—eso no es posible.

Conozco bien á vuestra hija, y aun podría decir que la conozco mejor que vos, puesto que vos creéis posible lo que yo no creo; una reconciliación.

Ella como vos sabe el fatal descubrimiento hecho por mí.

Pero lejos de aterrarse, como vos os habéis aterrado, «no importa,—me ha dicho,—vuestro descubrimiento, Jerónimo Ruiz, él me liberta de vos y por lo tanto lo celebro y lo bendigo.»

—Mi hija está loca, Jerónimo Ruiz, vos lo habéis dicho, y creo que tenéis razón.

Pero yo la haré volver en sí.

Mi hija me idolatra, vos también lo habéis dicho, y yo estoy convencida de ello.

La rogaré, me arrojaré á sus piés, abrazaré sus rodillas y obtendré de ella que consienta en no mortificar á su madre, en lo único que mortificársela puede, en su justa dignidad de esposa.

Id, Jerónimo Ruiz, id confiado en el resultado de la elocuencia de un corazón maternal.

Impedid ese escándalo y Catalina será vuestra esposa.

Estoy convencida de que la amáis y como ella es noble y buena tanto como hermosa, sabrá apreciar lo que por mi hayáis de hacer y con ese amor corresponderá el vuestro.

Pero id, Jerónimo, amigo mío.

Impedid el escándalo, ofreced á los Ponce la fortuna de cuyo uso los privó el hermano de Fernando su padre, y contad con mi eterna gratitud y con el amor de Catalina.

Salid, salid sin perder un momento, y de todo cuanto hagáis venid en el acto á darme cuenta.

Siempre me encontraréis dispuesta á recibirlos.

Jerónimo Ruiz iba á contestar á aquel torrente de palabras, cuando faltando á todos los usos establecidos abrió un criado la puerta de la sala y anunció que le buscaba con la mayor urgencia el juez encargado de abrir el proceso contra los Ponce.

—¡Ah!—dijo Jerónimo Ruiz,—condesa, recobremostodas las pérdidas esperanzas.

Si el Juez no ha hablado, aun podemos remediarlo todo.

Pocos momentos después de haber salido Jerónimo Ruiz de la presencia de la condesa, llegó Catalina á la puerta de la casa, y desmontando de su caballo entró en el amplio vestíbulo, pálida y agitada.

Venía de tener con Alvar Ponce de León una nueva y misteriosa entrevista.

La casualidad habíasele proporcionado.

Después de haberse enterado con Jerónimo de lo que pasado había en la casa de los Ponce, Catalina pensó

primero haberse encerrado como en los últimos días, en sus habitaciones; pero cambiando de parecer volvió á tomar su caballo y en busca de aire libre y puro que respirar, galopó en dirección de las ruinas del antiguo palacio tezcocano.

Al ir llegando á ellas distinguió la muy conocida figura de Alvar Ponce, quien apenas pudo distinguirle trató de ponerse con precipitación en retirada.

Pero la jóven le alcanzó y llamándole por su nombre le hizo detenerse.

—Por qué huíais?—le preguntó—¿acaso no soy ya vuestra amiga?

Alvar miró con insistencia el hermoso rostro de su amada, y notando su gravedad y palidez, bajó los ojos confundido, y contestó:

—¡No lo sé!

—¿Acaso tenéis motivo para dudarlo?

—¿Sabéis vos acaso y á vuestra vez si es posible que los Ponce tengan algun amigo?

—Ved que me ofendéis con tal duda,—replicó la joven.

—Perdonadme: quizás no sabéis nada de lo que ha pasado hoy, y sin embargo, creí haber visto en vuestro rostro que también vos estabais pálida de espanto y horror.

—¿De espanto y horror? ¿por qué?

Alvar volvió de nuevo á fijar con insistencia sus ojos en los ojos de su amada, y viéndolos serenos, dulces, y como siempre apacibles, con acento conmovido contestó:

—No quiero engañarme, Catalina, pero me parece veros siendo en este momento el mismo ángel de ternura y de piedad, cuyo sólo recuerdo ha sido bastante hasta hoy

para endulzar y aun hacer felices las largas tristes horas de mi vida.

Huí de vos, es cierto; y, sin embargo, si aquí me habéis encontrado es porque he venido buscando vuestra invisible presencia en estos sitios.

En ellos estoy hace ya una larga hora, ocupado en buscar en el menudo césped, en la movible arena las huellas de vuestros queridos piés.

Todas las he reconocido y besado con mis labios y regado con mis lágrimas.

No os asombréis, Catalina, del atrevimiento de milenguaje.

Estoy tal vez en el último día de mi vida; os veo tal vez por la última vez de ella, y no puedo guardar por más tiempo tras las murallas de mi respetuosa reserva, los sentimientos que hasta hoy me han animado.

Mañana tal tal vez no se hablará de mí como de uno de tantos seres que moran en el mundo.

Mañana quizás no quedará de mí más que un nombre despreciable y despreciado.

No tratéis de preguntarme á qué puedo referirme, si por ventura mía lo ignoráis aún.

Necesito que un instante todavía me consideréis digno del aprecio que siempre me habéis manifestado.

Tengo algo que deciros, que me importa que no escuchéis como un insulto.

Y si esto os digo, no porque me crea manchado con la maldad que se atribuye á mi familia, pues aun cuando fuera, que no lo es, posible la existencia de tal maldad, yo que jamás he participado de los odios y pasiones de los míos, tampoco puedo creerme partícipe en sus culpas.

No quiere esto decir que no sea yo suficientemente orgulloso para no rehuir ante las gentes la injusticia de esa culpa, pero á vos, Catalina, puedo y debo deciros, que, ante mi conciencia, me considero tan inculpable, tan limpio, como limpias y puras son las blancas alas de vuestra alma angelical.

En esta seguridad, en esta convicción puedo ante vos, Catalina, levantar alta mi frente y deciros como os digo:

Catalina; aquí en estos sitios me encontráis, porque aquí, en estos sitios, os habéis á mí revelado como la suprema dicha, la suprema felicidad.

Aquí: en estos sitios, la Providencia Divina ha bajado hasta mí, envuelta en vuestras formas divinas también, y me ha permitido adorarla en todo el esplendor de su belleza.

Aquí, en estos sitios he venido, porque en ellos os conocí y en ellos os he encontrado siempre que buscaros he querido, y en ellos quería romper los sellos por mi respeto puestos á mis labios diciéndoos:

Perdón, Catalina, perdón: necio y loco fui en creerme digno de vos, pero sois tanto tan buena y adorable, que sin poderlo remediar, os amo, os amo; os amo con todo mi corazón.

Capítulo VIII

Interrupción

CATALINA de Cardona y Peralta no pudo escuchar la declaración de Alvar Ponce sin sentirse extraordinariamente conmovida.

No respondió, sin embargo, palabra alguna que pudiese dar á conocer á Alvar si aprobaba ó no su modo de sentir respecto á ella, y la violencia que para permanecer impasible se hizo y se reflejó en su rostro, se le antojó á Alvar que disgusto demostraban.

A su vez la desilusión alteró sus facciones, y apesadumbrado con ella, dijo lo siguiente:

—De antemano os había pedido misericordia y perdón.

Esto os probará que yo antes que nadie desaprobaba lo que pensado tenía deciros.

Nunca he sido digno de vos, y ahora menos que nunca lo soy.

Sin que condenatorias apariencias hubieran, como

han venido, á justificar la miserable fama de los Ponce, ya sabía yo que toda alianza entre la familia vuestra y la mía era imposible.

En el orgullo de ambas se basaba esa imposibilidad.

Los Cardona de Peralta nunca habrían consentido en dar á sospechar que cedían al temor de una vieja enemistad; los Ponce de Leon jamás habrían pasado por aparecer rendidos.

Los Cardona de Peralta jamás hubiesen consentido en devolver bienes que creen poseer con legítimo derecho; los Ponce de León jamás habrían recibido como limosna lo que estiman y juzgan suyo.

Yo que jamás he odiado; yo que nunca he pedido á otro hombre el sustento que mi honrado trabajo me dió siempre; yo, que por ser ajeno á los rencores que invadieron el corazón de los míos, sentí inmensa soledad en el mío, llené el hueco que en él existió, con un mundo de halagüeñas ilusiones.

Entretenido con ellas, dulces para mí pasaron los días de mi vida, soñando posible para los Ponce todo lo bueno, lo santo y lo feliz.

Mis voces de esperanza y de alegría, elevándose en fervientes oraciones hasta las gradas de la bondad del Creador, volvían á mí con ecos de la bendición divina.

Y cuanto más grandes contemplaba la injusticia de los hombres y el desamparo de los míos, más se agigantaba mi resignación, más crecía mi esperanza, más brillaba mi alegría.

Un día feliz, mi esperanza y mi alegría hallaron fundamento para esperar y alegrarse.

Os había visto, Catalina; me habíais hablado con angelical bondad.

Bendito de Dios estoy, me dije, puesto que Dios consciente que un ángel suyo haya venido á mí.

Aquel ángel era una Cardona de Peralta; ¿pero qué me importaba su nombre en la tierra, si yo estaba seguro de que era un ángel del cielo?

¿Qué me importaba que por ligas humanas vos estuviéseis obligada á odiarme, si yo no os odiaba y sabía que tampoco me odiabais vos?

Desde entonces viví para alimentar la esperanza de volver á veros, de volver á oiros hablarme con angelical bondad.

Y así fué como empezando por adorar al ángel, concluí por amar á la mujer.

¿Es esto un crimen?

Tal vez.

¿Pero acaso yo intervine al crearos tan bella, tan buena y adorable como sois?

Si Dios, y sólo Dios, os hizo tan bella, buena y adorable como sois, ¿podré ser condenado por haberme dejado vencer por tan prodigiosa reunión de encantos?

Ya lo oís, Catalina; si soy por ello culpable, no rehuyo el castigo de una culpa que grata y dulce me es.

Cuanto mayor sea vuestro desdén, mayor juzgaré la felicidad que adiviné y no fué para mí.

Siento no ser uno de tantos distinguidos y elevados caballeros como á vuestro lado pone la clase elevada y opulenta á que pertenecéis.

Cualesquiera que sean los antecedentes de mi familia, por grandes que hayan sido los círculos magníficos hasta cuyo centro se abrió para el mérito personal de mi padre, yo no fuí en esos círculos educado.

Carezco de cuanto podría dar brillo á la expresión de

mis sentimientos, y mi lenguaje es sin duda incorrecto y vulgar.

Pero si la forma no es lo que yo quisiera que fuese, lo que vos Catalina, merecéis, hay en el fondo de lo que digo tanta sinceridad, tanta verdad, como no la habría tal vez si sabiendo pensar mejor no sintiese tan bien como siento.

Desgraciadamente la lengua no está en el corazón.

Y pues os he dicho cuanto tenía que deciros, no quiero abusar más de vuestra paciencia para oirme.

Los jueces han entrado en mi casa y de un momento á otro pueden hallar comprobación á los crímenes que se nos atribuyen.

Si tanto logran, despacharán en busca mía sus mesnadas de verdugos.

Es preciso que si tal hacen no me encuentren con vos.

Podrían suponer que he venido á solicitar vuestra gracia y protección, y harían en ello nuevo deshonor á los Ponce, que nunca los han solicitado de nadie, y gustosos han sufrido la injusticia, por tal de no quejarse á nadie ni de nada.

He concluído.

Si por mis voces atraída vinisteis aquí, os lo agradezco como bien inestimable, y en libertad os dejo para retiraros.

Lo repito; no quiero abusar de vuestra paciencia.

Pero antes de que partáis permitidme besar el borde de vuestro vestido, y no os vayáis sin decirme *adios*.

Tal calláis, tal es vuestra impasible inmovilidad, que humana representación me parecéis del desprecio y del desdén.

—Y no obstante,—respondió Catalina,—jamás os he escuchado, Alvar, con tan solícito interés.

Y es que imaginé que me considerabais como una amiga, y que considerándome como á tal, á decirme ibais cómo y en qué podría servirlos.

Me he engañado.

Para nada me creéis útil, para nada me juzgáis necesaria, y tanto es así que una vez que creéis haber despojado á vuestra alma del velo que cubría vuestros sentimientos, casi me exigís que me aleje, que os libre de mi presencia.

Os atribuis, casi, cuantos méritos y virtudes existen, y por esa creencia engañado, no veis ó no queréis ver vuestro egoísmo.

Ni aun siquiera me juzgáis merecedora de enterarme de si el hombre que tal dice que me ama, es acreedor á que yo se lo agradezca.

Juzgáis igualmente grandes el orgullo de los Ponce y de los Cardona de Peralta y queréis que éstos se retiren sin contestaros.

Pero no, Alvar Ponce; no hará tal Catalina de Cardona.

Esta no teme á los Ponce; ésta no los ha temido jamás, y por eso no ha solicitado de modo alguno comprar su afecto ni rematar sus odios.

Sola y débil mujer, la Cardona de Peralta nunca se espantó de presentarse indefensa é inerme en estos sitios distantes de toda humana habitación.

Y es que los Cardona de Peralta conocen bajo cualquier disfraz á los caballeros, y como ellos lo son nada temen de quien lo es.

Porque por tal os tengo en este momento, como en

todos os he tenido, aquí me veis como siempre, indefensa é inerme.

¿Cómo, pues, si tal hago he de creer, Alvar, no ya, que seáis un criminal y un bandido, sino ni siquiera que pertenezcáis á familia que los haya?

Por eso he venido á buscaros, para deciros: una mala voluntad, de la cual, yo, y no vos, soy la causa, busca el modo de perderos y deshonraros.

Defendedos vosotros los Ponce de León, y decidme cómo á ello pueden ayudaros los Cardona de Peralta.

¿Existe algo que condenaros pueda, aparte del dicho, sin fe legal, de una desventurada loca?

¿Calláis, Alvar?

Sin duda no me estimáis con derecho para haceros esa pregunta.

Tal vez os ofende que yo abrigue alguna duda.

Pero yo no dudo, Alvar.

Si dudase no me veriais aquí.

Me estimo demasiado para buscar á aquél que puede ser sospechado de infame criminal.

Mas no ignoro cuán viejos son los odios de los Ponce y los Cardona.

Sé que ni vos ni yo nacíamos aún, cuando esos odios dieron fruto de injusticia é iniquidad.

Yo, la legítima heredera de Nuño López de Cardona, creo tener derecho para remediar los males que él pudo causar.

Yo quiero redimir su alma, sacrificando en aras de mi filial amor, aquellos injustos odios.

Decid vos una sola palabra que justifique mi conducta ante mi conciencia.

Decidme que puedo, como lo deseo, tomar vuestra

defensa, y sin más explicaciones la tomaré como mía.

De esa palabra depende el éxito de los proyectos que alimentado habéis.

De esa palabra depende que yo pueda explicaros si mi impasible inmovilidad es humana representación del desprecio y del desdén.

¿Queréis, Alvar, pronunciar esa palabra?

—¡Nunca!—exclamó Rodrigo Ponce de León saliendo de un grupo de tupidas ramas, y lanzándose tan de sorpresa sobre su hermano, que éste cayó arrollado por el brutal empuje.

Pero como algo intentase decir, Rodrigo apuntando el cañón de su mosquete á la cabeza de Catalina, gritó:

—Silencio, ó la mato aquí, á tu vista.

Alvar rugió como un león que amenazados ve sus cachorros más queridos, y mordiéndose con rabia ambas manos, con impotente ira se revolcó en la tierra en que caído estaba.

Rodrigo se dirigió entonces á Catalina diciéndole:

—¡Vuestro caballo, señora; tomad vuestro caballo y huid, no vaya á ser que sin quererlo mis balas se escapen sobre vos!

Catalina, cediendo á su natural terror, obedeció sin replicar palabra y pronto se puso en fuga.

Capítulo IX

Resolución inesperada

CUANDO la condesa sintió que las hojas blancas y oro de su puerta se abrían, y entre los pliegues de la magnífica cortina de paño rojo, en cuyo centro se veía costosamente bordado de oro y seda de colores, el escudo de su nobleza, miró aparecer pálida y demudada á su hija, dejó su magnífico sitial primorosamente tallado y dorado, y se adelantó con maternal apesuramiento á recibir á Catalina, tendiéndole sus amorosos brazos.

—Con impaciencia te esperaba, hija mía,—le dijo,—y tomándola de una mano la condujo hasta un sitial, al suyo semejante, invitándola á tomar asiento en él.

Catalina besó con ternura filial la frente de su madre, y doblando después su cabeza sobre el pecho de la condesa, dejó escapar un hondo suspiro, y sin reserva se entregó á su amargo transporte de pesar.

—Llora, hija mía,—dijo cariñosamente la condesa;—

el llanto arrastra consigo las penas, y yo no deseo más que verte feliz.

—¿Acaso podemos serlo jamás nosotras?

—¿Por qué no, hija mía? ¿No lo hemos sido acaso hasta hoy?

—Cándida niña yo, arrullada en vuestros brazos por la música divina de vuestro cariño, madre mía, el mundo nunca llegó para mí más allá de los límites de estos muros en que se encerraban vuestros delicados afectos, mi filial ternura.

Mi alma estaba alegre y contenta dentro de mí misma, y bien ajena de que algún día las alas de mi inocencia se desplegaran para llevarme fuera del limitado círculo del nido de mis primeros años.

Yo que sólo sabía amar, y por sentirme feliz creía que nada era más natural que el que todo el mundo lo fuese, supe en infausto momento que alguien podía buscarme males y perjuicios, y aun odiarme á mi que aun la palabra *odio* desconocía.

Nombráronme mis enemigos, y con infantil curiosidad los busqué, para ver cómo esos enemigos pudiesen ser.

Los ví, y mi sorpresa fué extraordinaria.

Yo que sólo conocía los enemigos de los príncipes y princesas protagonistas de los cuentos con que en mi niñez habíanme entretenido nuestros criados, imaginábame que los enemigos míos serían como los de aquellos, mónstruos horribles, alados y espantosos dragones, fieras brutas dotadas del uso de la palabra, cuyas bocas y cuyos ojos lanzaban llamas que imponían mágicos terror y espanto.

Mi sorpresa, lo repito, fué inmensa.

Los Ponce de León, que así nombrábanse mis enemigos, lejos de vestir aquellas horribles formas, eran mujeres y hombres como todos los demás; y lejos de vomitar llamas é injurias por sus bocas, saludábanme con el mayor respecto y las más dulces expresiones.

Indudablemente me habían engañado, quienes como enemigos me los señalaron; ó yo era una de esas hadas que, cumpliendo un providencial destino, con sólo su presencia devolvían su primitiva y hermosa forma á los príncipes y princesas cambiados en horribles alimañas por algún pérfido y poderoso encantador.

Pasó algún tiempo, y conforme la realidad iba poco á poco desgarrando el velo de mi candidez, fui sabiendo que sin necesidad de cambiar su humana forma, los hombres pueden llegar á ser para los hombres, más perjudiciales y terribles que los mónstruos, fieras y dragones de mis cuentos.

Pero ni aun de este género de enemigos creí á los Ponce de León.

Sus mujeres eran, por lo menos, tan hermosas como yo.

Sus hombres, más hermosos que los otros hombres que conocía.

En las unas y en los otros encontré virtudes y méritos que no tenían los fantásticos héroes de los cuentos de mi niñez.

Pasó más tiempo aun, y hoy un detalle, otro mañana, supe al fin la historia de los odios de los Cardona de Peralta y los Ponce.

Ví que aquellos odios no debían existir, y puse todo mi empeño en borrar hasta sus últimas huellas.

Así conseguí que vos, madre mía, dejaseis de perse-

guirlos y perjudicarlos, y que ellos vieran en mí un ángel de conciliación.

A tal grado de adelanto llegaba mi obra, cuando vos, madre mía, cegada por el exceso de vuestro cariño, llamasteis á nuestra casa á Jerónimo Ruiz.

A su llegada, vos misma, que en su tiempo pronunciasteis en mi oído la palabra *odio*, pronunciasteis otra que tampoco yo sabía, *amor*.

No el amor dulce, sereno, apacible, infinitamente natural y tierno que liga y confunde en un rayo de suprema bondad los corazones de los padres y los hijos, sino un amor que me ruborizó, y cuyo eco hizo estremecer el templo virginal de mi pudor.

Ese amor no lo sentí por Jerónimo Ruiz, y mi curiosidad creció sin darme yo misma razón de ello.

¿Cómo será ese amor? ¿cómo se sentirá ese amor? me pregunté.

Y cuando aun no podía yo explicármelo, Jerónimo Ruiz me descubrió el secreto, confesándose con sin igual torpeza celoso de un Ponce de León.

Quizás,—me dije,—el amor es esta simpatía que por los Ponce siento, y que Jerónimo Ruiz no me merece á pesar de sus esfuerzos para agradarme con sus estudiadas galanterías cortesanas, nunca espontáneas, faltas siempre de fuerza y naturalidad.

Quizás el amor es este agrado que siento al encontrar á los Ponce, al contrario de lo que me sucede con Jerónimo Ruiz, cuya presencia me incomoda y pesa, cuya ausencia me es agradable ó por lo menos indiferente.

Quizás es el amor esa admiración con que contemplo la digna humildad de los caídos Ponce, contrastando con el frío orgullo del aristocrático Ruiz.

Este contraste hizoseme más notable cuando vi ante mí á los Ponce, altivos y á la vez respetuosos, á Jerónimo soberbio y servil.

¡Ah! ¡madre mía!—concluyó diciendo la joven,—quizás no sé aún lo que es el amor, pero afirmaros puedo que no es Jerónimo Ruiz quien enseñármelo podrá.

—Y sin embargo,—replicó la condesa con afectuoso, y á la vez firme acento,—Jerónimo Ruiz es el esposo que te conviene.

No extrañes ni recibas mal los consejos que voy á darte, Catalina.

Crees poseer experiencia bastante en los sucesos de la vida, y tus francas y sencillas confesiones no logran más que acusar tu extrema candidez.

Supones que un gran descubrimiento hiciste al no ver en forma de monstruos, ó fieras y dragones á tus enemigos, y cediendo á la influencia de un nuevo género de encantamiento, ves con agradable forma humana á positivos y verdaderos monstruos, fieras y dragones.

¿Acaso no lo son los Ponce?

¿Ignoramos cuáles son los horribles descubrimientos que acerca de ellos acaban de hacerse?

¿No te han dicho que con criminal y asombrosa perfidia han perpetrado espantosos delitos, rodeándolos de misterios y engaños que los han hecho huir hasta hoy al castigo y la pena que merecen?

¡Ah! hija mía; con infinita bondad te ha visto Dios, impidiéndote caer por completo en las redes que esos malvados tendieron á tu inocencia y candidez.

Porque piénsalo bien, hija mía, y procura comprenderlo.

Lo que tú imaginas una conquista de tu piedad y tu

simpatía es solo efecto de un cálculo villano y censurable.

Escondiendo sus uñas de tigre, bajo su cola de astutos zorros, los Ponce han querido atraerte á una alianza que á ellos y sólo á ellos haría fuertes y temibles.

Celebrando tú esa alianza, habríasles dado amplia satisfacción de la ofensa que ellos suponen que su tío les hizo, legando á tu padre y á tí la inmensa fortuna que á su entender les pertenecía.

Dueños con tu mano de esa fortuna, de la mía particular, y de la cien veces más considerable que ambas juntas, acumulada por tu padre en largos años de felices combinaciones, su poderío no habría encontrado competidor, y sobre sus crímenes hubieran hecho caer inmensa y salvadora losa de eterno olvido.

Contraviniendo mis órdenes; olvidando la obediencia que á mis súplicas debías; abusando de la libertad en que siempre te dejé, buscaste á esos Ponce, y voluntariamente te dejaste caer en sus redes.

Incauta y sencilla, no procuraste la reserva que sólo la malicia conoce, y al presente para nadie es un secreto, que la señorita de Cardona y de Peralta ha celebrado sola y sin testigos, frecuentes entrevistas con los Ponce.

¿Tendrías derecho á quejarte del caballero que noticioso de que tal hacías, te juzgara indigna de tomarte por esposa?

Catalina se levantó de su asiento roja de vergüenza y enojo, y grave, severa y digna, replicó:

—Ese caballero que así piensa, ¿es acaso Jerónimo Ruiz?

—Cálmate, hija mía, y comprende que si semejante

juicio hubiérase formado, no hubiera sido á mí á quien habríaslo dicho.

—Para el caso, madre mía, basta con que vos hayáis adivinado su pensamiento.

—De nuevo te suplico te calmes, hija mía, porque tampoco me ha dado pretexto para adivinarlo.

—Entonces, madre mía, ¡cuánto, cuán cruel sois con vuestra hija!

¡Vos sois quien tamaña injusticia cometéis con vuestra propia sangre!

Dicho esto Catalina, rompió á llorar con tanta amargura cuanta fué la tierna solicitud, el inmenso cariño, con que la condesa logró fácilmente consolarla, acabando por decirle:

—No, hija mía, no hay ni hubo ni puede haber madre, que de la bondad de sus hijos dude; repetí lo que el mundo habla, para llamar tu atención sobre el peligro, no para lastimarte ni herirte, porque no hay madre que jamás pueda ser injusta con sus hijos.

Y no injusticia, sino bárbara crueldad habría sido en mí ofrecer como he ofrecido á Jerónimo Ruiz que tú serás su esposa, si ni el más leve instante hubiera dudado de tí.

No, hija mía, Jerónimo Ruiz es un leal y cumplido caballero, y por eso creo que antes de ocho días que para pensarlo te doy de término, habrás desistido de imposibles alianzas con los Ponce, y estarás dispuesta á someterle gustosa á mi voluntad, que es la de que seas esposa de Jerónimo Ruiz.

Antes de que Catalina hubiera podido objetar cosa alguna á aquella resolución de su madre, la condesa hizo sonar un timbre de plata, y una doncella de servicio se

presentó descorriendo la gran cortina de paño rojo.

—Acompañad á mi hija á sus habitaciones,—dijo á la doncella.

Y besando en la frente á Catalina, ella misma la condujo hasta el dintel de la blasonada puerta.

Capítulo X

La segunda Audiencia

EN pocos meses había casi cambiado por completo la situación política de la Nueva España, sin que esto quiera decir que la mejoría fuese mucha ni importante.

El 25 de Agosto de 1530 se embarcaron en Sevilla para su destino los nuevos oidores Francisco Ceynos, Juan de Salmerón, Alonso Maldonado y Vasco de Quiroga, y halláronse al llegar á la Española con que el obispo de Santo Domingo, D. Sebastian Ramírez de Fuenleal, nombrado presidente, no podía aún desprenderse de los asuntos que allí le retenían, por lo cual en obvio de evitar mayores perjuicios, resolvieron aquellos cuatro partir sin él y sin más dilación para la Nueva España.

Efecto sin duda del mal tiempo que hízoles en el mar, pues el terral soplabá con violencia y sin reposo, la nave que conducía á Ceynos y Salmerón llegó á Veracruz con